BALCON



EL MENSAJE

Para los pueblos de América Hispana no hay problema más urgente ni más real que el que se hace cuestión de la fisonomía propia de cada uno de ellos. No se precisan grandes saberes históricos para advertir que una vez hecha efectiva nuestra emancipación de España, comenzó para América la tarea gigante de configurar, como en el informe trozo de mármol una estatua, la fisonomía nacional de las distintas repúblicas hermanas. La mentalidad racionalista, cuyo predominio político coincide en las fechas con la independencia de América, hizo pensar engañosamente a muchos espíritus apresurados que todo era cuestión de romper con España y de aplicar acto seguido unas recetas ideológicas, para que esta América nuestra se constituyese en naciones hechas y derechas. Pero la historia efectiva del pasado siglo contradice crudamente esta utopía. Hoy como entonces, el problema de hacer naciones de nuestras distintas patrias criollas sigue siendo el principal y el más urgente de todos. Sin fisonomía nacional propia, sin esa marca indeleble y sutil, que es a los pueblos como la personalidad al individuo, de nada sirven el auge económico y el anhelo de autonomía.

Claro está que a la busca del ser nacional de un pueblo no se parte como a algo que, aunque ignorado, existe ya; como se parte a la busca de une tesoro o de un yacimiento mineral. La formación y la posible realización plena de una pueblo nacional, son un proceso lento y extraño, cuajado de retrocesos y pérdidas vitales, que no sólo amenazan sino que con harta frecuencia malogran para siempre esas que fueron espléndidas posibilidades. La historia argentina y, diríase, la historia de todo pueblo en formación, están colmadas de hechos contradictorios, de los cuales unos siguen la línea que afirma a un pueblo en su ser nacional, otros la que lo niega expresamente.

La Argentina está ahora en sazón propicia de afirmar su personalidad propia. No, entiéndase bien, en el sentido de una política de supremacía sobre otros pueblos, ni tampoco, porque los últimos gobiernos hayan contribuído en algo a ese objeto, sino, simplemente, porque en ese proceso vivo de pérdidas y recuperaciones de lo nacional a que hicimos referencia, el pueblo argentino está hoy colocado favorablemente para avanzar hacia una mayor identificación consigo mismo. Tan es así la realidad que más bien habría que decir que son estos últimos gobiernos militares los que para no caer víctimas de sus propios e innumerables desaciertos, han debido aferrarse, como el náufrago al madero flotante, al hecho vivo y concreto de nuestra actual voluntad de hacernos nación.

Las cosas son así, y no de otro modo. Hoy, frente a la tarea que se vislumbra clara pero dificilísima del nuevo gobierno, no puede uno privarse de sonreír buenamente cuando recuerda que hace apenas tres años, todo lo que aquí pasaba parecía una inocente aventura de justicia social: una empresa que consistiera en sacarle mucho a los pocos, para darle poco a los muchos.

Y conste que no olvidamos ni el rotundo éxito electoral de esa prédica, ni el valor que consideradas dentro de sus límites propios tienen las reformas sociales. Lo que negamos es que sea posible, como lo pretendieron los hombres de junio, hacer de la justicia social el contenido de una política y, lo que es todavía más absurdo, de una política nacional.

En el mensaje del nuevo Presidente de la Nación trasunta claramente un serio, sereno y comprensivo sentido de la actual realidad argentina. Salvo la insinuación errónea por donde se la mire, de que la propiedad de la tierra debe ser para el que la trabaja, tesis que lleva directamente al más crudo colectivismo, toda esa pieza oratoria es expresión cabal de las ideas y sentires que hoy ocupan al hombre argentino.

A la vista del nuevo presidente está ya la tarea, exelsa si las hay, de hacer que el país avance un paso más en la configuración de su propia personalidad; es decir, justamente, lo que un grupo de "intelectuales", ninguno de ellos especialista en nada —recordemos que Lugones solía llamarse a sí mismo *doctor en nubes*— discernió con anticipada lucidez hace ya quince años.

LAS GENERACIONES EN LA HISTORIA

El tardío contacto con la "Historia de la literatura Francesa" de Albert Thibaudet me enfrentó por primera vez con una aplicación en gran escala del enfoque de la historia sobre la base de las generaciones.

La magistral calidad del crítico provocó de inmediato la adhesión irreflexiva y total al método de su autor ([1]).

Por lo demás desde nuestra juventud más tempranísima el concepto de generación circulaba como módulo de lo histórico ya aplicándolo a nosotros, ya aplicado por nosotros a los que inmediata o mediatamente nos precedían. Se unían en forma agudizada la conciencia de un curso del acontecer y de una posición individualísima dentro de ese curso que nos correspondía a todos en conjunto.

Más tarde supe por Agustín de Foxá y por Pierre Maxence de una vicisitud análoga de generaciones inmediatamente próximas de españoles y franceses.

Por último, la definitiva experiencia de ver aparecer a nuestras espaldas una nueva promoción juvenil que nos arrancaba el privilegio de cerrar la fila y que, frente a enormes semejanzas, acusaba sus innegables diferencias.

Esta situación determinaba mi interés por el tema cuando llegó a mis manos el libro de Laín Entralgo.

De inmediato —ya en la carta prólogo a Xavier Zubiri se destaca en su autor el muy laudable propósito de enfrentarse con lo más esencial del tema y buscar una precisión última de ese concepto de generación tan traído y llevado sin elaboración suficiente.

A la caza de precisiones se sitúa el problema de la generación dentro de una antropología sumariamente esbozada —quizá todavía con excesivo desarrollo para la armónica composición del libro— y más concretamente se lo refiere a la psicología de la juventud, punto de emergencia de la generación y el más indicado para caracterizar ese hecho histórico ([2]).

Una vez que ha dicho su concepción del hombre en general y del joven en particular, Laín Entralgo se enfrenta con los que le han precedido en una consideración científica de las generaciones. Desfilan así, Ranke, Dilthey, Ottokar Lorenz, Ortega y Gasset, Petersen, Pinder, Wechssler, Drerup y Karl Menheim. Aunque la síntesis de Manheim y el desarrollo de Petersen dan excelente oportunidad para la tarea personal del autor, no hay duda que genéticamente la importancia decisiva en el orden de los precedentes ha de asignársele a Ortega. Es más, aunque carezca de todo indicio concreto, se me antoja que la elaboración personal de Laín Entralgo parte de una adhesión inicial a la exposición del tema de las generaciones en Ortega, de la que poco a poco lo obligaron a alejarse las exigencias de su gradual maduración del tema. Aparece así la última parte de la obra —la propia "teoría de la generación" del autor— como un tomar distancia frente a la análoga teoría de Ortega. Lo anterior va dicho no en desmedro sino en elogio de quien continuando una línea intelectual sabe aunar, a la vez, cultural secuencia y plena libertad intelectual frente a un maestro de genio.

En una primera forma en "El tema de nuestro tiempo" y luego en una serie de artículos publicados en "La Nación" en 1933 ha expuesto Ortega su pensamiento sobre el tema. Partiendo de la base —ampliamente desarrollada— de que la edad del hombre constituye la razón y período de los cambios históricos, sostiene Ortega en dichos artículos que el curso de la Historia se ordena realmente, (no metafórica ni analógicamente) por generaciones. "Cada generación representa un trozo esencial, intransferible e irreparable del tiempo histórico". Para hacer de la generación "un riguroso método de investigación histórica", Ortega estima que la generación no consiste en una fecha sino en una zona de fechas comprendida en el lapso de quince años, y estas zonas de fechas quindeniales se estructuran por referencia a la figura históricamente más representativa de un período, "el epónimo de la generación decisiva".

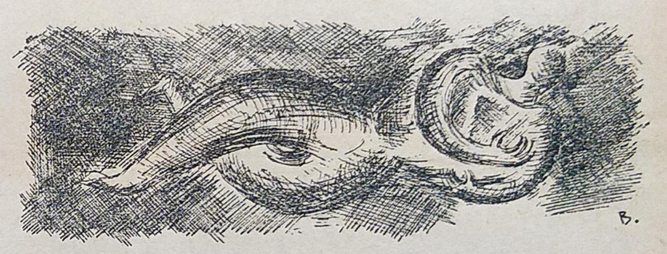
"En resumen —dice Laín exponiendo a Ortega— los cambios históricos están primeramente determinados por el hecho de que los hombres vayan creciendo en edad y convivan con otros de edad vital distinta; el curso del mundo histórico es discontinuo; la unidad elemental de esa unidad es la generación; la duración de cada cambio generacional es el quindenio. Es la generación el trasunto histórico de la edad vital y puede serlo mediante el expediente de la "zona de fechas".

Ya a lo largo de esa exposición apunta Laín dos fallas decisivas en la construcción de Ortega. La primera en una acotación al párrafo que transcribimos: "la idea de la "zona de fechas", preconcebida en *el a priori de una estructura generacional y rítmica del acontecer histórico*, permite llenar de *duración histórica* un lapso temporal tocante a la *duración biológica*".

Pero ya páginas antes había atacado el supuesto previo de la ordenación generacional de que la edad constituye la razón de los cambios históricos. "Si todos los contemporáneos —decía Ortega— fuésemos coetáneos, la historia se detendría anquilosada, petrefacta, en un gesto definitivo, sin posibilidad de innovación radical alguna". A lo que alega Laín: "Esta frase nos muestra con singular nitidez como Ortega superlativiza —inadmisiblemente, a mi entender— la importancia histórica de la edad. La causa más radical del suceso histórico no consiste en la mutua y sucesiva polémica de las generaciones contemporáneas, sino en la insatisfacción que *toda* situación histórica produce al hombre que la vive, hasta en aquellos que más directamente la crearon". Que esta insatisfacción se exprese máximamente en la edad juvenil no empece que ella sea un carácter genéricamente humano.

Estas dos objeciones al pensamiento de Ortega en la materia nos conducen de la mano hacia la elaboración propia de Laín. No a una sino a todas las elaboraciones de sus predecesores impugna Laín por subrepticia biologización de lo histórico. Ya oportunamente ha señalado toda la importancia de los diversos factores biológicos —no de la edad tan sólo— en la historia. Pero de determinación, no de disposición, es de lo que aquí se trata. A todos sus predecesores pues, imputa "el a priori de una estructura generacional y rítmica del acontecer histórico".

En otras palabras: antes de establecer qué sea la generación es necesario determinar si la generación es. Pero entendámonos, si la generación es *históricamente* al-



EL REY

La bandera elevada sobre el campo de fuego,
Y el pie descalzo, ardiendo su carne de martirio.
Angustia de los ojos, buscando en el silencio
El gesto inmarcesible del Rey Caritativo.

¡Oh tiempo de batalla, sin Luz en la divisa!
Capitanes del tiempo, sin puerto en el peligro:
Mirad la nave frágil, y el ímpetu del viento
Salado, entre las piedras del estrecho sombrío.

Se ha perdido la carta de una patria de estrellas:
Y el rumbo de una playa lunar, entre los pinos;
Y la desesperanza de la ola soberbia,
Se adueña poco a poco del corazón marítimo.

go; su entidad *biológica* está fuera de la cuestión.

Precisando la raíz del equívoco de sus predecesores afirma Laín: "Sólo analógicamente puede darse una acepción histórica al concepto de "generación", como sólo analógicamente puede usarse de la misma palabra —"naturaleza", por ejemplo— para designar la "naturaleza" de la piedra y la "naturalueza humana". El problema está en precisar el modo y los límites de esa analogía".

Contra el fraccionamiento generacional de la historia Laín sostiene "que la *realidad* histórica está constituída por los hombres singulares que con su operante coexistencia haciéndose su vida, hacen la Historia; no por otra cosa". Y como "la singular intimidad de una vida personal... se actualiza temporalmente en una serie de acciones personales sucesivas", "el curso de la Historia viene a ser, pues, una *conexión* sucesiva y discontinua de acciones personales discontinuamente sucesivas. La *conexión histórica* más elemental de acciones personales es el suceso o evento; el evento es la unidad —una unidad sucesiva y *operativa* no *métrica* del cambio histórico". Llega de esta suerte Laín a una coincidencia con el Paul Valéry de "Regard sur le monde actuel" que él mismo se complace en señalar.

Las palabras "conexión histórica" empleadas por Laín ya denotan la diferencia fundamental entre su personalismo y el individualismo de la pasada centuria. "La convivencia —dice— es una mutua y personal instancia, un mutuo estar en la persona con que se convive".

Este es el sentido de la relación entre personas. Pero los hombres no sólo se relacionan sino que también se parecen. Tres modos tienen de parecerse los hombres según nuestro autor: el biológico, el social y el histórico.

Aquí llega Laín a la más sutil penetración de la entraña de su problema. La mente humana nos dice, puede construir un sistema científico de los parecidos biológico y social. "¿Es posible decir lo mismo respecto a la ordenación del parecido histórico entre los hombres? ¿Cabe ordenar sistemáticamente, *mediante criterios ordenadores tomados del acontecer histórico mismo*, este posible e incuestionable parecido en la actividad histórica de los hombres? ¿Puede construirse un sistema genuinamente *histórico* y verdaderamente *científico* del suceder histórico de los hombres?

La respuesta de Laín es rotundamente negativa. "Los conceptos *históricos* con que habitualmente se ordena el curso de la Historia, — Renacimiento, Romanticismo, Ilustración, etc. — no son puro arbitrio, pero son arbitrarios". En otra parte nos habla de "la semejanza histórica —si indefinida, innegable— de los hombres llamados "renacentistas".

La generación es una de estas maneras de parecerse históricamente los hombres. Más exactamente existen "figuras resultantes de la mutua implicación de los tres modos de parecerse los hombres. Uno de ellos es la generación, entendida como el suceso (o evento) de una *semejanza histórica*. En ella confluyen la edad (aunque no decisivamente), ciertas condiciones sociológicas, la situación histórica y la libre y común voluntad de operación". "Más no es la biología (ni la sociología) quien configura a la Historia, dando al misterioso curso del acontecer la estructura cíclica, el "ritmo" propio de los procesos vitales; al contrario, es la Historia quien da singular y ocasional figura al hecho biológico de la edad —lo constituye en suceso o evento histórico— o, por mejor decir, de la coetaneidad".

De esta calificación precisa de la generación como suceso histórico pasa Laín a una descripción puramente históricamente de ese suceso de la generación. Tras ella formula su definición —"una generación histórica es un grupo de hombres más o menos coetáneos entre sí y más o menos parecidos en los temas y el estilo de su operación"— y concluye con un coherente análisis de la estructura y el curso de las generaciones.

La obra está embebida de una auténtica preocupación por el tema de las relaciones de la biología y la historia, quizá más ampliamente de la biología y la antropología. Este cuidado no puede ser más actual ni más necesario. El magnífico cúmulo de evidencias olvidadas que el vitalismo contemporáneo aporta, ha de enfrentarse no con genéricas declaraciones abstractas, sino con amplitud comprensiva y alerta espíritu crítico. La más exigente interpretación de esta actitud debería admitir que Laín la llena plenamente.

Mas no sólo el método sino los resultados son sobremanera satisfactorios. No creo que pueda hacérsele mayor elogio que decir que sus rectificaciones a un maestro de genio (3) son convincentes.

Frente a ese caudal positivo señalo un vacío. Se concede enhorabuena al autor que no puede constituirse un sistema genuinamente histórico y verdaderamente científico del suceder histórico, que los conceptos históricos son arbitrarios. Pero él mismo nos reconoce que esa arbitrariedad no es puro arbitrio, que las semejanzas históricas son indefinidas, pero innegables.

Existe pues, un tipo de conocimiento, que ciertamente no es científico, que nos proporciona conceptos poco definidos pero innegables, ciertos, verdaderos. De buena gana vinculamos este tipo de conocimiento al saber concreto de la crítica literaria y artística, tan azaroso e impreciso en sus conclusiones y sin embargo, conocimiento al fin. Los conceptos de Renacimiento, y de Barroco, serán indefinidos pero constituyen innegable acervo de la inteligencia occidental.

Toda una avenida de problemas e incitaciones parte de la existencia de estos conceptos y de este tipo de conocimiento, de cuya índole tan poco sabemos. Laín pasa junto a esa avenida y no diré que no la advierte pero al no señalarla al lector empobrece su perspectiva.

En el curso de la redacción de este apunte tuve oportunidad de conocer a un amigo del autor. He sabido de su juventud, de la amistad y magisterio de Zubiri, de su situación señera en la nueva promoción española. Constituye Laín prototipo de su generación. Después de todas sus precisiones difícilmente me animaría decir que esa generación se identifica con la nuestra, su coetánea en la Argentina. Más allá de las semejanzas, de los temas comunes, hay variantes fundamentales en la situación. La central a mi juicio, la docencia viviente de grandes maestros —citaré a Ortega y a Zubiri sin olvidar otros— que la ha capacitado para temprana madurez intelectual.

Laín es la promesa de lo que alguna vez soñamos para el futuro de nuestra generación.

Alberto Espezel Berro.

(1) Para hacer justicia a Thíbaudet recordaré las cautas reflexiones que en el prólogo hace sobre el método de las generaciones, a las que sólo he atendido en una relectura reciente.

(2) Aquí el autor se concreta deliberadamente a una síntesis de la exposición de la obra de Spranger "Psicología de la edad juvenil", libro capital cuya reedición convendría señalar a la voracidad de nuestras editoriales.

(3) Al menos a la más desarrollada exposición que ha hecho ese maestro del tema que nos ocupa.



CARITATIVO

Confusión evidente de la tierra y el agua:
La tierra gime en torno de su hoguera de lirios,
Y el agua en su desvelo de frescura infinita,
Padece las heridas del fuego fugitivo.

El hombre, ciego, envidia la visión de los peces.
Abandonado, lucha con su grave destino,
Y en el vago conflicto de la espuma y el humo,
Divisa la bandera del Rey Caritativo.

La voz, se multiplica, celebrando su espada,
(Que por ser milagrosa, luce un íntimo brillo)
Y cuando el hombre, inclina, para morir, la frente,
El Rey de Cuerpo y Sangre, se cambia en Pan y Vino.

Jorge Adolfo Mazzinghi.

LA REVOLUCION DEL BANCO CENTRAL

El interés económico, ya sea en el orden individual o colectivo, es y será siempre poderoso ariete para realizar los objetivos que encierran los esquemas políticos e históricos. Toda concepción de esta índole forzosamente tiene que llevar en pos aspiraciones prácticas asequibles en el terreno material. En consecuencia, cuanto mayor sea la posibilidad de dar la satisfacción económica buscada, y más clara su formulación para los sectores sociales o el país que resultarán beneficiados, tanto mayor será el poder político de los que manejen concretamente los resortes capaces de producir esos resultados.

No es cuestión de caer en el materialismo al aceptar estas ideas, como tampoco hay que cometer el error de vivir políticamente en el terreno de las grandes abstracciones carentes de fundamentos económicos que les sirvan de impulso. En este orden de cosas el nacionalismo como doctrina es la fuerza espiritual, tomada en su aspecto político, más vigorosa aparecida en los últimos tiempos en la Argentina. Sin embargo no pudo, no tuvo tiempo, o no era tal vez su misión, encarar los intereses directos, reales y prácticos de los distintos sectores sociales del país, fueran estos o no poseedores de riqueza. La consecuencia de esto, y que interesa señalar, es que al no haber tomado contacto con esas realidades, no logró transformar su fuerza en movimiento político en condiciones de llegar al poder. Los grandes temas: *recuperación económica* y especialmente el de la *soberanía*, hicieron irrupción en las muchedumbres cuando las circunstancias indujeron al realizador de la revolución de Junio a agregar estos ingredientes a los de su política social. La formidable combinación o síntesis formada por las aspiraciones económicas de las masas, llamada justicia social, con las fuerzas históricas latentes en el pueblo, dió por resultado un hecho asimismo extraordinario: La nación en su conjunto por primera vez expresó y exteriorizó en febrero su apoyo a una consigna de verdadera dimensión política. Los pronunciamientos electorales anteriores de carácter general, nunca tuvieron en cuenta una fundamental transformación de la sociedad y mucho menos la política internacional del país, que en este caso estaba vinculada a la subsistencia de la personalidad argentina.

El gran mérito del nacionalismo es haber sabido suministrar a tiempo uno de los elementos que hicieron posible esa salvadora síntesis de la expresión política nacional. Su defecto consistió en la falta de capacidad para llegar por sí mismo al terreno de las realizaciones políticas concretas. Quizás este resultado sea debido a su posición excesivamente esquematizante, de grandes ideas históricas y abstracciones doctrinarias; cuando no se entregaba, a la inversa, casi exclusivamente a la acción pura sin verdadero sentido político. Las masas y los intereses nacionales fueron excitados y ganados por las consignas revolucionarias que iban derecho al grano; y los hombres y el jefe que hacían proselitismo de esos temas debían lógicamente recoger los frutos de una política de base económica realista. Lo demás, la mística histórica y los imponderables en general, bien vale repetirlo, los facilitó el nacionalismo. Sin ellos el triunfo en las elecciones de Febrero posiblemente hubiera correspondido a las fuerzas antinacionales.

Pero habiendo expresado el país su anhelo de transformaciones sociales al mismo tiempo que afirmaba la decisión de mantener su personalidad nacional, la cuestión consistía entonces en fabricar las herramientas destinadas a cumplir con ese mandato. De más está decir que la revolución en la parte que se refiere a su política social de mejoras obreras, solo podría sostenerse válidamente apoyándose en estructuras económicas capaces de solventar esas mejoras. Por otro lado, ese mismo potencial económico sería también el antecedente indispensable para lograr el necesario, cada vez más necesario potencial político, capaz de afirmar la soberanía nacional. Todo en consecuencia coincidía en aconsejar una fundamental transformación en la orientación económica del país, que no podía ni puede ser otra que la de proteger y fomentar su más rápido y amplio poderío material.

En grandes líneas, haciendo una figura de la historia económica nacional, puede decirse que la Argentina en los últimos ochenta años estuvo sometida principalmente a dos grandes órganos de regulación que en forma sucesiva alteraron y deformaron su fisonomía y natural desenvolvimiento; se trata de la organización del transporte y de la organización bancaria y monetaria. En ambos casos la concepción y la realización se hizo desde afuera y de acuerdo a planes que obedecieron, va de suyo, al predominio de intereses extranacionales. Hay una cierta lógica en la continuidad de ese proceso que le da carácter más profundo que el de una simple coincidencia. Los intereses que inspiraron a Weelright, en efecto, son los mismos que tres cuartos de siglo más tarde habrían de animar los dictámenes de Sir Otto Niemeyer.

En materia económica el tráfico de los bienes en última instancia se reduce al transporte de las cosas materiales o al movimiento del dinero que representa a esos valores. Son pues nada más que dos los medios o formas en que se manifiesta ese tránsito de la riqueza. Por lo tanto, al organizarse el país después de las guerras civiles, los intereses extranjeros que empezaron a ejercer su hegemonía en la Argentina forzosamente debieron comprar o trazar los sistemas de transporte conforme a sus intereses metropolitanos, que por lo general no coincidían con los auténticamente nacionales. La construcción de los ferrocarriles en abanico y su posesión por capitales foráneos, significó en la práctica el control de la economía argentina en la medida que aquellos dominaban el tráfico de los bienes materiales, mejor dicho de las cosas físicas.

Con los años la evolución del transporte hizo caducar la eficacia monopolizadora del ferrocarril y por lo tanto al dejar de ser este uno de los principales medios de control en el encauzamiento de la riqueza se hacía necesario buscar rápidamente el instrumento que lo supliese. La red de vialidad y el automotor fueron un golpe de muerte en el dominio del aparato circulatorio del país. El gobierno del tráfico de las cosas se escapaba de las manos de sus detentadores y aparecían infructuosas las leyes de coordinación, que por sus finalidades demasiado visibles y groseras se hicieron irritantes ante la opinión nacional y los legítimos intereses afectados. La fuerza de la realidad imponía entonces la sustitución por quienes estaban perdiendo posiciones debido a lo anticuado que se había vuelto el más importante instrumento de una política colonial. Mucho más sutil e invisible, amén de su gran agilidad y eficacia debía resultar la conducción del dinero; y la estructura del Banco Central de 1935 con su conjunto de leyes complementarias, fué el magnífico dispositivo inspirado por los mismos que trazaron y dominaron las vías ferroviarias. Quedaban así llenadas las funciones que dejaba vacantes la derrota del sistema que hasta hace poco transportaba y movía casi exclusivamente la riqueza física del país.

Pero no en vano se siembran ideas cuando es fértil el campo que las recibe. Si bien es cierto que el nacionalismo no pudo concretar sus grandes planteos obteniendo poderes políticos de gobierno, en cambio en el sector psicológico impregnó a la revolución con sus doctrinas, sus aspiraciones y sus tremendas verdades. En quince largos años de lucha a fuerza de repetir sus temas vitales, terminó por crear las dos constantes históricas que han penetrado más profundamente en el cuerpo político nacional. La idea de *soberanía* ya se ha dicho que facilitó un triunfo que se presentaba más que dudoso hasta antes de que la elección de Febrero fuera planteada en términos de un pronunciamiento de esa índole; y las aspiraciones nacionalistas de *recuperación económica* venían presionando demasiado para que el país no encontrara rápidamente una fórmula que las expresara.

Para esto último se hacía necesario conciliar dos concepciones, una de gran dimensión: la de recuperar y crear un poder económico destinado a sustentar un verdadero poderío político de acuerdo a esos grandes temas típicos del nacionalismo; la otra, era hallar la base y motivo determinante y concreto sobre los cuales realizar una transformación de la economía que condujera por la vía de los intereses prácticos a esos resultados políticos de gran envergadura.

En consecuencia había que forjar el arma destinada a cumplir con esas aspiraciones nacionales. Pero mejor, o previo, era recuperar una ya existente; y ahí estaba el Banco Central que en sus once años de vida hacía tiempo que en su hipertrofia se había transformado en el organismo que conducía la política económica nacional. Por lo tanto si había que cam-



FIGURA LATERAL DE LA PUERTA DEL SOL

biar el rumbo seguido hasta entonces lo mejor era nacionalizar el instrumento más eficaz para orientar la economía, de acuerdo a los grandes lineamientos y necesidades de los intereses nacionales, tanto individuales como colectivos. Además, al mismo tiempo que se planeaba consolidar e incrementar el desarrollo económico en general y en especial una mayor industrialización, se hallaría la forma de que los intereses particulares beneficiados pudieran avenirse y armonizar el esfuerzo conjunto que permitiese implantar la política social que dió su sello a la revolución.

En las líneas y entrelíneas de los informes y exposiciones de motivos que explicaron los fundamentos y finalidades de la nueva estructura del Banco Central y de los Bancos oficiales, junto con los últimos organismos complementarios, tales objetivos aparecen desarrollados con suficiente claridad para que sea necesario agregar razonamientos. En consecuencia la primera parte, la creación, o si se quiere, la recuperación y perfeccionamiento del arma, cierra la etapa inicial de una *verdadera revolución,* plena de posibilidades económicas y políticas cuyas dimensiones son hoy difíciles de prever.

Pero ahora viene lo más delicado de este proceso, que consiste en el uso que se hará del instrumento. Resulta evidente la necesidad de consolidar e incrementar el desarrollo potencial del país. La orientación de los nuevos organismos económicos forzosamente deberá seguir ese camino pues de lo contrario corre serio peligro la estabilidad política y social en la Argentina. Las mejoras obreras que inició la revolución y que sin duda bajo otros aspectos habrá de continuar el nuevo gobierno, tienen que recostarse o complementarse en una real protección y fomento de la economía nacional, en especial de la producción y del consumo, alimentando bien a la gallina de los huevos de oro. Si esto se olvida, los planes de justicia social indefectiblemente irán a parar al terreno donde mueren las buenas intenciones, que en estos tiempos que vivimos se presentarían lamentablemente complementadas con los fermentos de la revuelta y de la anarquía; excelente campo de cultivo para la explosión si en la química de la vida y del gobierno no se dosifican con prudente equilibrio los ingredientes materiales y espirituales necesarios para realizar esa cosa tan importante que recibe el nombre de Política.

Y si toda esa concepción económica se conduce y orienta sometiéndola a las exigencias de ideas vitales en que el desarrollo de los poderes materiales y de la planificación técnica se subordinen a una política, posiblemente se habrán echado las bases de esa gran potencia del Sud, poseedora por designio de la historia de un claro e irrenunciable destino.

Alberto V. Tedín.

CONVIVENCIA E IMPERIALISMO

La presencia de Rusia en las márgenes del Danubio y del Elba despierta a los pueblos de la cansada Europa y les hace tomar conciencia de los términos definitivos en que se les plantea el problema del simple vivir. Nada extraño entonces que la palabra del Santo Padre adquiera un tono desacostumbrado. ¿Qué es en realidad todo esto?, se pregunta en vísperas de las elecciones que habían de celebrarse últimamente en Francia e Italia. "Se trata de saber, contesta, si una u otra de estas dos naciones —estas dos hermanas latinas con miles de años de civilización cristiana— continuarán manteniéndose en la firme roca de la cristiandad o si encomendarán el destino de su futuro a la imposible omnipotencia del Estado materialista, sin religión y sin Dios".

Y aunque los términos de la alternativa no podían ser más opuestos y en consecuencia, no podía haber la menor duda por cuál de ellos debía volcarse unánime la voluntad de los pueblos, tan grande era el veneno que el liberalismo les había inoculado que apenas débilmente han reaccionado. Francia e Italia están casi a punto de precipitarse en la barbarie comunista. De la Europa continental, sólo España, haciendo honor a su reciedumbre e hidalguía se mantiene intacta, firmemente asentada sobre su fe católica milenaria, prendiéndose fuerte a aquellos valores que la hicieran grande en el pasado. Pero no en vano ha transcurrido el tiempo. La España, renacida de la guerra civil, ha comprendido que el pasado no tiene dinamismo de presente sino en la medida en que se actualice en nuevas formas de convivencia donde con ritmo de hoy, sobrevivan los valores de siempre. Y España está creando, apresuradamente, una nueva vida —de categoría universal— donde la fe católica se conjugue en la cultura y en la política. En una magnífica juventud tanto universitaria como obrera comienzan a recogerse ya sus primerizos frutos.

El hecho es que si los pueblos no crean en la peculiar modalidad de su geografía y de su historia formas vitales de convivencia, sólo posibles si arraigan en una concepción cristiana de la vida, no evitarán el ser presas del imperialismo despótico de Rusia o de los anglosajones. La gravedad de este peligro es denunciado por el Santo Padre en su extraordinario discurso del 20 de febrero último, dirigido al Colegio Cardenalicio. "El imperialismo moderno, dice allí, no busca al hombre como tal sino a las cosas y a las fuerzas materiales, a las que sujeta al hombre; por esta razón lleva en sí los gérmenes que ponen en peligro los fundamentos mismos de la convivencia humana."

El imperialismo se opone a la convivencia porque es un régimen de cosas y no de hombres. "Ponderad, dice allí mismo el Papa, el verdadero significado de las tendencias del imperialismo. Encontraréis entonces que la solidaridad de las relaciones humanas sufre un impedimento enorme. Porque si estos organismos gigantescos carecen de fundamento moral se precipitan necesariamente en una centralización cada vez mayor y en una uniformidad cada vez más severa y rígida... Con ser tan frágiles e inestables estos organismos, propenden en grado sumo a convertirse en un peligro para todas las familias de las naciones".

Los creadores de estos enormes mecanismos proyectados en Yalta y Postdam no disienten en el carácter que ellos han revestir, es a saber, si han de ser instrumentos de universal convivencia o de universal dominación sino que luchan entre sí por imponer su voluntad de dominación.

Y el drama del mundo lo constituye precisamente que el planeta se halle a merced de la voracidad de dos imperialismos igualmente nefastos e insaciables. Los pueblos no atinan a salir del uno porque temen caer en el otro. Y hasta se ven obligados a acercarse al uno para contrapesar las exigencias del otro. Política de contrapesas que por inevitable que pudiera aparecer, no deja de estar llena de riesgos.

En la posición de un mundo disputado por amos insatisfechos, nuestra patria, tomando conciencia de que su destino sólo está en sus propias manos, debe crear la forma vital de la convivencia argentina que nos defienda por dentro de ser presa del imperialismo ruso o del anglosajón. Tarea que sólo será posible si afirmamos nuestra plena y profunda solidaridad con los pueblos hispanos y aún con los iberos.

Huyendo de los imperialismos allí se ha refugiado por ahora la civilización cristiana. Y allí la Argentina y España, conscientes de su misión rectora, han de crear las nuevas formas de vida que vuelvan a imperar en Europa y América.

Julio Meinvielle.



FIGURA LATERAL DE LA PUERTA DEL SOL

HOMENAJE

Como anunciamos en nuestro primer número se llevó a cabo el jueves de la semana pasada el acto organizado por BALCON en recuerdo de la grandeza y en homenaje de la presencia —de la vigencia— de España eterna.

La misma razón que impidió la aparición de la Revista el viernes último no nos ha permitido publicar en este número los cosas bellas y profundas que para tal velada compusieron Llambías, Anzoátegui y Sánchez Sorondo. Tres días feriados ponen forzosamente un paréntesis en la aparición periódica de una revista semanal.

La palabra de los oradores y el poema impar de Anzoátegui —*dicho* emocionada y sabiamente por la señora Membrives— tendrán su lugar en el próximo número. Quede en éste sólo la constancia de la realización del homenaje, presidido por la embajada española a la transmisión del mando y la delegación argentina al congreso de "Pax Romana" en España—, ante una asistencia entusiasta que llenaba literalmente la sala. Al final, el senador Haedo nos trajo, desde el Uruguay, su palabra cálida, cargada de las comunes preocupaciones y urgencias de esta hora decisiva.

LEYENDO A LASKI

"Dic ut lapides isti panes fiant" (*Mat., IV*, 3)

Laski, el conocido dirigente político de lo extrema izquierda del laborismo británico, en su libro "Fe, Razón y Civilización", reconoce la necesidad de un nuevo orden que se levante sobre las ruinas del burgués, para bien del mundo. Indaga cuál ha de ser la fe que informe y vivifique ese nuevo orden, y, luego de rechazar el retorno a la cristiana, se pronuncia por una nueva, la socialista.

No es posible negar la cultura e inteligencia de Mr. Laski; pero su obra no deja por ello de presentar fallas sustanciales que permiten rechazar sus conclusiones. Examinemos la posición de Laski con relación a un conjunto de temas fundamentales que toca en su libro:

La Iglesia Católica: Admite nuestro autor que, fuera acaso de la católica, no existe hoy ninguna iglesia cristiana que sea verdaderamente orientadora; antes bien, comprueba que las protestantes no hacen sino plegarse a los acontecimientos e ideas que van sucediéndose en el mundo moderno, y que han sustituído toda preocupación auténticamente espiritual por una mera moral social y un cierto interés por los problemas locales y temporales de sus fieles.

Ahora bien: el reconocimiento de la importancia de la Iglesia Católica no impide a Laski el formular un juicio adverso a ella, fundado en la posición que esa iglesia, a través de un historia, ha mantenido frente al problema económico-social.

Un defecto de base invalida las argumentaciones del autor en lo que a lo antedicho concierne: el criterio de valor que adopta en todos sus juicios es el de la posición de cualquier institución frente al ideal de la igualdad económica, ideal éste que él parece considerar "a priori" como de absoluta evidencia, previo a todo otro y condicionante de todo lo demás. Si se tiene en cuenta que la Iglesia es una institución específicamente *religiosa*, cuyo fin es el de redimir y sobreelevar a los hombres para hacerlos hijos de Dios y lograr que alcancen la vida eterna en la contemplación intuitiva y gozosa de la divina esencia, se verá toda la gravedad del error de Laski. La Iglesia debe subordinar todo a la consecución de ese fin último; por lo tanto, deberá también subordinar a ello cualquier preocupación de absoluta igualdad social, la cual será legítima sólo en el límite en que favorezca en vez de perjudicar la obtención de aquel fin. Y como ese fin se obtiene o se pierde en esta vida en que el hombre vive en sociedad, y esa sociedad no es una mera suma de individuos sino un orden, exige una estructura jerárquica de clases que, haciendo de ella algo orgánico, le permita ser adecuado instrumento para la vigencia del bien común, como medio favorable a la vida virtuosa de la multitud, y, mediante su información por la fe sobrenatural, a la salvación de las almas para la vida eterna. Y, teniendo en cuenta que ese orden cristiano existió —con inevitables imperfecciones —en la Edad Media, y que sus enemigos eran generalmente enemigos, también, de la fe católica, ¿cómo asombrarse de que la Iglesia lo defendiera frente a doctrinas de disolución social , basadas en filosofías racionalistas, subjetivistas o materialistas? ¿Cómo ha de servir un criterio económico-igualitario para comprender a una Iglesia que piensa que una gracia sobrenatural vale más que todo lo creado —espíritu y materia—, y que una idea vale más que todo el reino de lo material? Nunca la Iglesia ha propiciado[3] como lo han hecho muchos modernos, un orden basado en la desenfrenada competencia y explotación económica; y no lo ha propiciado porque sabe que lo económico es medio y no fin.

En segundo lugar, la oposición de Laski a que la Iglesia ocupe un puesto directivo en el nuevo orden mundial se basa en que dos siglos de crítica racionalista habrían destruído toda pretensión sostenible acerca de la sobrenaturalidad del mensaje y origen de aquélla, a tal punto que habría hoy tan pocas razones para ser cristiano como para ser mahometano o budista. Sostiene que la crítica ha llegado a resultados definitivos, aunque haya tenido que rectificarse en detalles. Pero ¿es que puede haber conquistas definitivas y sustanciales en algo que se contradice a sí mismo en lo sustancial? Y la crítica racionalista se contradice a sí misma en lo sustancial. Véase sino: para unos, Jesucristo existió, pero no fué Dios; para otros, Jesucristo fué tenido por Dios, pero no existió. Entre los primeros algunos lo creen casi divino; otros, un genio; los de más allá, un hombre inteligente, pero inferior a un Sócrates, a un Platón o a un Aristóteles, otros, un hombre con alguna superioridad sobre las masas que lo seguían, pero lleno de las supersticiones, limitaciones y prejuicios de su tiempo y de su pueblo; otros, un anormal; los más exagerados, un demente. Entre los que niegan su existencia —y también entre los que la admiten— algunos explican el cristianismo a partir de los misterios gentílicos; otros a partir del platonismo, o del neoplatonismo, o del parsismo, o del budismo, o de la combinación del judaísmo y del helenismo, etc.; unos reconocen la esencia religiosa del nuevo movimiento cristiano; otros creen ver en él un movimiento liberal o comunista. Y así en todo, en cada punto en discusión, en cada milagro, en cada profecía. Y tan ha sido admitida la existencia de esta Babel crítica por los mismos que han contribuído a su edificación, que el racionalista Couchoud reconoce que la tesis del Hombre-Dios todo lo aclara e ilumina; que la explicación más obvia y sencilla del origen del cristianismo es admitir la divinidad de Cristo; pero la idea de un Dios encarnado le parece una concepción "prekantiana". Kant le impide creer en Cristo ([1]). Pero nosotros distamos mucho de estar convencidos de la legitimidad de la crítica kantiana de la razón. Luego...

La fe religiosa: Laski no es un anticlerical vulgar; no es un monsieur Homais redivivo. Admite el valor de la inspiración de la fe para el que en sí la recibe, pero niega a éste el derecho a querer imponerla a los demás como verdad objetiva; admite el valor de las experiencias de los místicos, pero les rehusa trascendencia social por ser vivencias inefables de algunos seres excepcionales, vivencias inaccesibles a las masas. Con respecto a lo primero, creemos que Laski se equivoca en lo siguiente: la fe es, sí, subjetiva en el sentido de que es recibida en un sujeto, pero no lo es en cuanto al objeto que presenta al asentimiento de la mente. No nos dice: "cree *tú*, que esto *es así para ti*, nos dice: "cree *tú* que esto *es así*, y hazlo creer *a los demás*". *Propone a la inteligencia un absoluto (sea verdadero o falso; no tratamos de eso ahora)*; una serie de afirmaciones sobre *lo que es*. Luego, si bien es cierto que nadie debe ser compelido a aceptar la fe, es perfectamente legítimo que el que esté convencido de su verdad trate de lograr su vigencia social y se oponga, aun por medios estatales, a los que la combaten, pues está obligado en conciencia a procurar la salvación de sus hermanos, aunque muchos de éstos aún no crean en la verdad en que él cree. El respeto al error de buena fe no puede ser llevado a extremos tales que comprometan la vigencia social de una religión cuyo decaimiento podría hacer responsable al que lo permitiera de la pérdida de millo-



EL

El poeta ve.
Sobre sus manos límpidas —espuma—
cae la tormenta
del enorme misterio. Por sagrado
don traspone los fragmentos
—impura esfinge de máscaras y sueños—
hasta el único silencio.

nes de almas. Luego, se halle o no equivocado el que acepte la fe, obra rectamente al tratar de conseguir que la sociedad siga informada por ella. Con mayor razón, claro está, resaltará ello si nos colocamos en un punto de vista positivamente católico y admitimos que la fe es realmente una luz sobrenatural que nos ilumina sobre los misterios de la esencia divina y de los propósitos de Dios.

En lo que a la negación del valor social de las experiencias de los místicos, Laski también se equivoca. En primer lugar, si esas experiencias constituyen la cumbre del conocimiento a que el hombre puede llegar en esta vida ¿no es absurdo prescindir de ellas en el nuevo orden por el mero hecho de que sólo las alcanzan algunos individuos excepcionales? ¿Es que en el nuevo orden socialista que preconiza Mr. Laski el pueblo no será orientado por y hacia la verdad sino que ésta se sacrificará a la masa sólo por contituir ésta la mayoría numérica? En segundo lugar, la historia desmiente las afirmaciones de Mr. Laski. Durante largos siglos de fe el pueblo cristiano ha vivido espiritualmente de la veneración de los santos; y éstos, ya en una forma más activa, ya en una más contemplativa, ¿qué son sino místicos? Luego, las sublimes alturas a que éstos se elevan pueden ser y han sido fuente de vida y arte popular, medio de unificación social y camino de elevación para las masas.

La nueva fe socialista: Laski nos habla de una nueva fe socialista, pero ¿acaso es el socialismo una doctrina sobrenatural para que sea necesario una fe para creer en él? Si no es —como evidentemente no es— sino una teoría social-política, o bien se puede probar su verdad y conveniencia por la razón, o no se puede. Si se puede ¿para qué la fe?; si no es posible esa prueba ¿qué otra cosa puede ser esa "fe" sino una tendencia absurda e irracional y un "pathos" informe y malsano?

El hombre tiende por su inteligencia a la verdad y por su voluntad al bien. Tiene el deseo —condicionado pero real— de contemplar la verdad absoluta y de lograr la fruición del bien absoluto, y sabe que sólo en la posesión de esa verdad y en la fruición de ese bien será totalmente feliz. Mas la nueva fe socialista tiene por objeto únicamente un ideal temporal y aún —en el fondo— materialista. Por ello, o el hombre conservará su ansia de verdad y de bien absolutos y será en esa sociedad un ser irremediablemente angustiado y lleno de desesperación, o será sofocada en él esa ansia de verdad y bien, pero a trueque de convertirlo en un mero ser animal, dedicado únicamente a la satisfacción de sus instintos infrarracionales, cubierto todo ello por la capa engañosa de un humanitarismo sentimental en el que los hombres adorarán su propia informidad.

Juan A. Casaubon

(1) Cf.: Grandmaison "Jesucristo" y Ponce de León, "Jesús, legado divino".



POETA

Y una divina carga
—mares, águilas y cielos,
imágenes o pura
visión en música y palabra—
agobia, nieve sobre fronda,
el tierno retoño de los dioses
bajo el antiguo brillo de innúmeras estrellas.

Carlos A. Disandro.

CUENTAME TU VIDA

Con esta producción de David O. Selznick el cinematógrafo norteamericano viene a corroborar que puede superarse.

La película presenta el caso de un hombre que padece de amnesia. El protagonista, torturado por un complejo de culpa, se cree autor de un crimen que no ha cometido. Ingrid Bergman, en un papel de médica, ofrece al enfermo toda la solicitud de su amor y le lleva de la mano al encuentro de la verdad sobre su pasado. No es ésta una película más, destinada a confundirse con las de orden meramente comercial, desprovistas de propósitos elevados. Desde la ajustada interpretación a cargo de Ingrid Bergman y Gregory Peck bajo la eficaz y ágil dirección de Alfred Hitchcock hasta el argumento, nada vulgar en su desarrollo, "Cuéntame tu vida" constituye una sucesión de aciertos y alardes técnicos.

Hitchcock es el director hábil y travieso de siempre. No escapan al público los recursos efectistas, tendientes a crear el suspenso. También es rica la película en escenas breves que se suceden unas a otras y comunican a la acción un sostenido ritmo dinámico. Según es notorio, el tema del psicoanálisis no es nuevo en el cinematógrafo, pero en esta oportunidad adquiere formas originales por el carácter de los ambientes que ofrece al enfrentarnos con las imágenes de una psicología anormal.

En efecto, los sueños del personaje central nos transportan, por las decoraciones surrealistas, al terreno de la fantasía más libre. Gregori Peck en su desempeño evidencia ser el actor sobrio, fiel a su papel, expresivo en el matiz más leve. Las pequeñas faltas advertidas en el desarrollo del argumento: excesiva sutileza en la intrepretación de las reacciones enfermizas y el final, quizás un poco precipitado y ficticio, son las únicas objeciones que, por lo demás, no hacen desmerecer la lógica estructura de "Cuéntame tu vida".

José León Pagano (h.)

RUSIA POR DENTRO

Un buen hombre, seguramente, a quien salvó la Cruz de su apellido, fué a Rusia y volvió. Pudo volver y dió su testimonio en inhábil prosa, en la que se percibe, sin embargo la respiración cortada del que llega corriendo a contar la desgracia, la tragedia que acaba de ver, de oír, de palpar con su ser todo. La cuenta así, a la disparada, por temor a que se la sofoquen y uno se la oye, se la lee también de un tirón, perdonando su estilo en gracia del tremendo acento de verismo con que relata su experiencia.

Sabíamos todos lo que es Rusia, ese doliente pueblo eslavo, sobre el que hace 30 años se corrió el cierre relámpago de la más prodigiosa de las clausuras para tentar primero y consumar después la más perfecta obra de masificación, tiranía de Estado y esclavitud demoníaca, intentado desde la Encarnación acá .

Pero nada suple el contacto con la realidad. Y el libro de apuntes del uruguayo Lauro Cruz Goyenola, ex agregado de la legación de su país en Rusia nos ha conectado un momento con aquel infierno del cual consiguió salir. Es decir, salir no, que es imposible de un infierno, pero venir otro del que se fué: no el engañado comunista creyente, que ese quedó en la "Rusia por Dentro" sino el testigo que gritó desde la sexta edición de su libro su experiencia de esa bárbara tiranía "donde el hombre-trabajador es una pobre bestia acosada por el hombre-policía; donde la esclavitud, el terror y la desigualdad imperan; donde la libebrtad no se conoce *ni de palabra;* donde una dictadura aplasta a un noble pueblo entristecido" (Pág. 125).

Al final de sus apuntes, que debieran ser leídos por tantos que creen que "aquello" va cambiando porque se tolera una capilla católica en Moscú o por los otros ingenuos que asignan a ese verdadero "régimen monstruoso" una sustentación *telúrica*, —el autor confiesa su temor de que su testimonio no convenza y recuerda que a él le pasó eso mismo cuando, antes de partir a Rusia, alguien le relató sus horrores. "Yo tenía, dice, el alma de tal modo barnizada, impermeabilizada por la propaganda", que no le dió crédito. Y agrega: "Soy actor en la actualidad del mismo drama" sus amigos no le creen y aún le refutan: cómo pudo ganar la guerra, cómo no se levanta el pueblo, etc.

Para los muchos que todavía ahora se preguntan las mismas cosas, les vendrá bien leer este libro.

Cl. E.

CLAUDIO ARRAU

Las extraordinarias condiciones de ejecutante que posee Claudio Arrau, se evidenciaron claramente en los conciertos que ha ofrecido hasta ahora en la sala del Teatro Colón.

Su técnica segura y brillante; su facilidad para destacar los distintos matices de cada obra, hacen pensar en la culminación de una personalidad artística llena de vigor y armonía.

Por otra parte, los programas elegidos, han coincidido en exigir del pianista un esfuerzo de agilidad, que Arrau supera con elegancia.

La inspiración romántica de Schumann, parece adaptarse muy bien a su temperamento, y así nos brindó en forma impecable los "Estudios Sinfónicos" y el "Sainete Carnavalesco", que lo revelaron como un intérprete persuasivo del gran músico alemán.

Beethoven, es otro de los compositores que Arrau demuestra conocer profundamente. Las Sonatas Op. 31, Nº 3, y la llamada "Waldstein", adquirieron en su versión una expresión indudablemente hermosa, y rica en sonoridad y emoción.

Solamente le oimos tocar la "Fantasía Cromática y Fuga", de Bach, y en verdad que el estilo de este músico admirable, no da oportunidad a que Arrau luzca los privilegios de su técnica, dejándonos la impresión de que su interpretación excesivamente geométrica, no alcanza a ser todo lo profundo que sería de desear.

El concertista, demuestra además su predilección por los franceses. Debussy, Ravel, Fauré, figuran en casi todos sus programas, y en aquellas composiciones más cerebrales, donde la transparencia sentimental no constituye lo esencial, Arrau, se destaca como intérprete elocuente cuya limpieza y sobriedad son dignas de todo elogio.

Es lógico que un concertista tenga sus autores predilectos, y es precisamente en la interpretación de sus obras en las que deben valorarse sus méritos.

Por eso no vacilamos en afirmar que al oir a Claudio Arrau, hemos oído a un pianista de primer orden, cuyo renombre mundial ha de crecer a medida que transcurra el tiempo.

Jorge Adolfo Mazzinghi

TEATRO

SER O NO SER

"Ser o no ser", estrenada en el teatro Nacional de Comedia, no pertenece a una escritora sin precedentes literarios, pues la señorita Graciela Teisaire ya había hecho representar dos obras, ambas premiadas.

"Ser o no ser" es una amena comedia de salón, de diálogo ágil. La autora evidencia en ella un temperamento dramático que, sin duda, no ha llegado todavía a su pleno desarrollo. La obra, bien planteada en el primer acto, se diluye en el segundo y vuelve a afirmarse en el tercero, aun cuando no revele una técnica muy segura.

Mientras Marcela, la protagonista, está psicológicamente bien estudiada y procede con lógica durante el desarrollo de la obra, el principal personaje masculino se contradice a sí mismo, según avanza la acción de un acto a otro, hasta el punto de presentar tres fases diversas. Es el hombre experimentado y maduro en el primer acto. En el segundo se conduce como un adolescente, mientras en el tercero es contradictorio.

El segundo acto, salvo dos escenas, la inicial y la última, sólo consigue dilatar la solución del problema planteado por la autora. El final de la obra está bien logrado, y en él se reivindica el hombre de mundo al afirmar el dominio sobre sí mismo.

La dirección a cargo de Iris Marga nos revela a la gran actriz como una eficaz organizadora.

Rosa Rosen desempeña con acierto laudable el papel de Marcela y sabe darle los matices de emoción que requiere. Mario Danesi se sobrepone a las dificultades de su cambiante Leopoldo, con sobriedad. Se destacan del reparto Blanca Podestá, Lidya Lamaison y José de Angelis.

Gregorio López Naguil realizó una decoración adecuada al ambiente.

José León Pagano (h.)

BALCON

REVISTA SEMANAL

Dirección y Administración
Sarmiento 930 6o. piso B.

Suscripción anual $ 15.- Trimestral $ 5.-
Semestral $ 8.- Número suelto $ 0.30

TRES EXPOSICIONES

Chapelain Midy

La impresión dominante después de recorrer la serie de obras recientemente expuestas en el Salón Peuser, era la de tener ante los ojos un admirable ejemplo de filiación artística. Habrá en el pintor muchas influencias pero procede en línea recta de Paul Cézanne.

Esto puede parecer banal ya que toda la pintura de los últimos cuarenta años procede del maestro de Aise. Sin embargo es aquí la sensación más viva y cobra el concepto su más noble sentido.

La fidelidad obstinada —encarnizada mejor— a las cosas, la magnífica traducción de los volúmenes, la evidente aproximación a la escultura, certifica esa filiación. Y luego un color muy armonioso, aunque quizá algo reducido en su gama, y una extremada delicadeza para aplicarlo a la tela.

Las naturalezas muertas, las flores vigorosamente estilizadas, un sólo tema de figura humana dan la mejor oportunidad al artista. La pintura de paisaje —el gran escollo para una pintura enderezada al realce de los volúmenes— lo somete a más dura prueba. Había sin embargo una ventana con vista al mar plenamente lograda.

Algún coleccionista nuestro tuvo el acierto de adquirir la muy hermosa naturaleza muerta en un jardín. Me admiró que la preciosa cabeza de mujer no hubiera tenido pareja suerte.

Recuerdo que cuando en 1939 visitábamos la inolvidable exposición "Cien años de pintura francesa", con cierto amigo volvíamos entusiasmados de tanta belleza, pero se nos antojabba —con todas las reservas de nuestra incompetencia— que el extraordinario ciclo de la escuela de París estaba aproximadamente concluído.

Al salir de la exposición de Chapelain Midy pensé —también con temores y cautelas— que debo rectificar el juicio anterior, que resta mucha jornada por ese camino.

Marcel Fréderic

Otra vez Cézanne, la obsesión de Cézanne.

Ahora son todas figuras humanas contempladas en sus más esenciales líneas de estructura. También los animales, las prendas, las ropas, todo está de vuelta del cubismo, pero lo lleva dentro.

El empastamiento es quizá demasiado grueso, pero hay trabajo firme, seguro, probo... y recompensado.

Admiré sobre todo un desnudo de mujer en reposo que acomete valientemente, un tema impregnado de recuerdos próceres. Y sin embargo el artista consigue que su voz se distinga con sello propio en ese conjunto.

Salgo sin embargo de la sala con un resquemor. Pienso en que puede llegar a existir un academismo "cézannista" que algún día reemplace al academismo tradicional.

Pierre de Berroeta

Al pasar a la sala vecina (olvidé decir que estoy en la galería Witcomb) me reconcilio sin embargo con lo que acabo de ver.

Carezco de la más mínima autoridad para permitirme insinuar una valoración relativa de Fréderic y Berroeta y en ambos he admirado elementos muy estimables. No hay duda, sin embargo, que difícilmente podrían encontrarse dos hombres contemporáneos, connacionales y seguramente formados en la misma ciudad, que presenten más radicales diferencias que estos dos occidentales vecinos.

En verdad practican dos tipos completamente diferentes de artes y sus preferencias van hacia aquel tipo al que se vincula lo que he visto en la sala anterior.

Berroeta se me antoja más preocupado por los aspectos que por las cosas, ve certeramente y traduce con seguridad, reune colores con gusto excelente. Utilizando a D'Ors diría que su pintura se aproxima empero a la música, no a la escultura, no hay realce de volúmenes, las formas vuelan y no pesan.

Las reminiscencias me refrescan muy gratamente la exposición de 1939. Ante el Nº 1 del catálogo recuerdo a Matisse; ante unos grupos de playa y algún otro conjunto abigarrado a Paul Dufy y a Van Dongen; ante una vista parisiense con cielos plomizos y nieve, a Vlaminck; alguna perspectiva ciudadana me trae a Utrillo; por último ante las acuarelas que acompañan a los óleos evoco a Picasso. A mi modesto entender son estas acuarelas el más grato testimonio del talento del artista, con su dibujo realmente insuperable en su género.

Puede que la influencia de Cézanne estuviera presente pero no la he sabido encontrar.

A. Ezpezel Berro